

1º En la Ciudad del Bien, la más elocuente y popular imagen de Dios es el crucifijo. Por lo mismo, el crucifijo es la imagen obligatoria del hombre en esta vida. Mortificación universal de la carne y de los sentidos, imperio absoluto del alma sobre el cuerpo, consagración total a Dios, desprendimiento de las cosas temporales, resignación, mansedumbre, humildad, aspiración constante por las realidades de la vida futura, ¿no consiste en esto toda la vida del hombre viador? Pues bien, todo esto lo representa y nos lo recuerda el crucifijo. De ahí la definición de la vida que nos da el Concilio de Trento: *La vida cristiana es una continua penitencia.*

2º También el Rey de la Ciudad del Mal define la vida a través de sus imágenes, pero la define a su manera. Entre las innumerables estatuas bajo las cuales se presenta al homenaje de los hombres, no hay ninguna que no sea la divinización de una pasión. Varias veces hemos visitado las galerías de Florencia, los museos de Roma y Nápoles, las ruinas de Pompeya y Herculano. Hemos visto los dioses de Oceanía; otros han visto por nosotros los templos del Tíbet, las pagodas de India y de China. Pues bien, los millares de imágenes, emblemas, estatuas, antiguas y modernas, que llenan esos lugares, por diferente que sea su época o su destino, repiten, cada cual a su manera, la palabra seductora que perdió al hombre en el paraíso terrenal:

«Disfruta la vida; es decir, olvida tus destinos eternos, olvida el propósito de la vida, adora tu cuerpo, menosprecia tu alma, degradingate, defórmate; que la imagen del crucifijo se desvanezca de tu frente, de tus pensamientos y de tus acciones, para que seas la imagen de quien adoras, esto es, de la Bestia».

Conclusión.

Hasta aquí el texto que Monseñor Gaume escribía en 1864. Verdad es que el tatuaje y el piercing son sólo dos de las tan variadas desfiguraciones que el demonio inspiraba en la antigüedad. Verdad es también que perduró la práctica del *tatuaje*, pero sólo entre ciertas clases de gente, y la práctica del *piercing* o perforación, para adorno de las mujeres en las orejas. Verdad es, finalmente, que estas prácticas revisten en nuestros tiempos un carácter más laico y profano que en la antigüedad, y se explican por otras razones, cuando no ya por la simple ignorancia de la gente.

Pero nada de eso quita que las mismas causas producen los mismos efectos. Cuando el demonio domina de nuevo, vuelve a dejar su garra e imponer su impronta en la sociedad, y esta vez bajo forma de leyes: aborto, eutanasia, homosexualidad. De manera similar, si ahora vuelven a establecerse entre nosotros, y esta vez de manera indiscriminada y generalizada, las mismas prácticas que se daban en el paganismo, y que habían quedado radicalmente erradicadas en los siglos de cristiandad, señal es de que ha vuelto el antiguo amo que las inspiraba y propugnaba.

El tatuaje y el piercing

Desde ya hace varias décadas se ha popularizado y convertido en moda, sobre todo entre los jóvenes, el uso de los *tatuajes* y de los *piercings*. Deseo de simbolizar un hecho especial en la vida de quien lo lleva –una vivencia, un homenaje a un ser querido ausente, una frase motivadora–, anhelo de distinguirse como único mediante una señal marcada en la propia piel, voluntad de manifestar de esta forma una rebeldía contra la sociedad, o de exaltar la propia libertad: tales son algunas de las razones que se aducen para explicar este hecho.

Sin embargo, ni los tatuajes ni los piercings son un invento que hayan puesto de moda las últimas generaciones, por cuanto ya desde la antigüedad se practicaban, aunque con significados tal vez bien distintos. La antigua civilización egipcia usaba el tatuaje como un signo de ostentación, alcurnia y poder. Entre los celtas se practicaba con fines bélicos, mientras que las culturas aztecas tatuaban a niños pequeños como una forma de tributo a sus dioses. De este modo los tatuajes han ido cumpliendo funciones simbólicas, rituales y religiosas. A esta significación religiosa se refiere la prohibición del Levítico: «No haréis sajaduras en vuestra carne a causa de un muerto, ni os imprimiréis tatuaje. Yo soy Yahvé» (Lev. 19 28), por cuanto las incisiones y el tatuaje a que aquí se hace referencia eran prácticas destinadas a rendir culto a los dioses paganos.

¿Qué pensar del auge de la práctica de tatuajes y piercings? ¿Cuál podría ser su primer origen en la antigüedad, toda ella sometida al poder del príncipe de este mundo? Su uso, ¿estaría hoy claramente desligado de las finalidades simbólicas, rituales y religiosas de antaño? ¿Y qué juicio moral merecen estas prácticas? Trataremos de dar un enfoque y valoración transcribiendo un texto de Monseñor JEAN JOSEPH GAUME, en su obra *Tratado del Espíritu Santo*, en el que, hablando del dominio que el espíritu del mal ejerció en los pueblos paganos de la antigüedad, encara expresamente el tema de las desfiguraciones corporales en uso entre ellos.

1º Manía del hombre a desfigurar su cuerpo.

Perseguir al Verbo encarnado en el hombre, su hermano y su imagen; perseguirlo remedando, para perderlo, todos los medios divinamente establecidos para salvarlo; perseguirlo sin descanso y por todas partes del mundo; perseguirlo con un odio feroz que llega hasta el asesinato del cuerpo y del alma: tal es la única ocupación del Rey de la Ciudad del Mal.

Y aun cuando no siempre logre este último resultado, siempre lo intenta: cuando no le es dado destruir la imagen del Verbo, la desfigura. A falta de una victoria completa, ambiciona un triunfo parcial. Este luminoso principio de la filosofía cristiana nos lleva a la presencia de un hecho muy notable, poco advertido en sí mismo y nada estudiado en su causa. Nos referimos a la tendencia general del hombre a desfigurarse. Y en vez de *general* diríamos *universal*, si no debiera exceptuarse a un solo pueblo, al que pronto nombraremos. Antes de indagar la causa, comprobemos el fenómeno.

La manía de desfigurarse o deformarse físicamente se encuentra por todas partes. No hace falta decir que es peculiar del hombre, ya que el animal no incurre nunca en ella. Si recorremos las diferentes partes del globo, hallaremos en todo momento y a gran escala las siguientes deformaciones:

Deformación de los pies, por compresión; deformación de las piernas y muslos, por ligaduras; deformación del talle, por el corsé; deformación del pecho y de los brazos, por el tatuaje; otra deformación del pecho, brazos, piernas y espalda, por horribles excrescencias de carne, producidas mediante incisiones con conchas; deformación de las uñas, por la coloración; deformación de los dedos, por la amputación de la primera falange; deformación de la boca, por la perforación del labio inferior; deformación de las mejillas, por perforación y coloración; deformación de la nariz, por aplanamiento de una a otra parte, por perforación del tabique, por suspensión de una gran placa metálica, o elongación exagerada por la compresión vertical de las paredes; deformación de las orejas, por el uso de pendientes o colgantes que las alargan hasta el hombro; deformación de los ojos, por coloración o por presión sobre el hueso frontal, que hace que se salgan de sus órbitas; deformación de la frente por caracteres obscenos, grabados en rojo con madera de sándalo; deformación del cráneo, por medio de varias compresiones que hacen que adopte una forma cónica, puntiaguda, convexa, redonda, triangular, aplanada, cuadrangular; deformación general por el maquillaje, los cosméticos y las modas ridículas.

Con esto hemos descrito suficientemente el fenómeno.

2º Causa general de esta manía a desfigurarse.

¿Qué espíritu le sugiere al hombre que no está bien tal como Dios lo ha hecho? ¿De dónde le viene esta imperiosa manía de distorsionar en su persona la obra del Creador? Dar como causa los celos de unos y la coquetería de otros no resuelve la objeción, sino que más bien la esquiva. Se trata de saber qué principio inspira estos celos brutales, esta coquetería repulsiva; por qué ambos proceden por deformación, es decir, en dirección opuesta a la belleza; y cómo es que se encuentra en todas las partes del globo.

Para no quedarnos en puras palabras y poseer el secreto del enigma, hemos de recordar dos cosas igualmente ciertas: la primera, que el hombre ha sido hecho, tanto en su cuerpo como en su alma, a imagen del Verbo Encarnado; la segunda, que el objetivo de todos los esfuerzos de Satanás es hacer desaparecer del hombre la imagen del Verbo Encarnado, para darle forma según la suya propia. Estas dos verdades incontestables llevan lógicamente

a la siguiente conclusión: la tendencia general del hombre a desfigurarse a sí mismo es efecto de una maniobra satánica. Varios hechos, cuyos significados no son ambiguos, confirman esta conclusión.

1º Ciertos pueblos reconocen positivamente en estas desfiguraciones la influencia de sus dioses.

«Lo que lleva a las mujeres australianas –escribía un misionero– a mutilarse, no es tanto la depravación del gusto en adornarse, sino la idea de un sacrificio religioso. Cuando aún son jóvenes, se les enlaza la punta del dedo meñique de la mano izquierda con hilos de telaraña; de modo que, interrumpiéndose la circulación de la sangre, al cabo de algunos días se desprende la primera falange, que se ofrece a la serpiente boa, a los peces o a los canguros».

Lo mismo ocurre con la desfiguración frontal por coloración. Su carácter de repugnante obscenidad acusa manifiestamente otra causa, que no son ni los celos del hombre, ni la coquetería de la mujer.

2º La parte del cuerpo más universal y profundamente desfigurada es el cerebro. ¿De dónde viene esta preferencia? Desde el punto de vista de la acción demoníaca, es fácil comprender el motivo. El cerebro es el principal instrumento del alma. Alterarlo es alterar al hombre en su totalidad. Y, de hecho, el resultado de esta deformación es el entorpecimiento del desarrollo de las facultades intelectuales, el favorecimiento de las pasiones brutales y la degradación del hombre hasta el nivel de las bestias.

3º Entre todos los pueblos, uno solo es el que, a pesar de estar mezclado entre todos los demás, escapa a esta tendencia, y es el pueblo judío. Investido de una misión providencial, cuya credencial consiste en su identidad, debe ser eternamente reconocido como judío, y Satanás no tiene permiso para desfigurarlo.

«Como exenta de la distorsión, puedo citar –dice Gosse– a esta pequeña nación judía, que tan importante papel ha desempeñado en los destinos de la humanidad, y cuyo tipo se ha mantenido puro desde los tiempos más remotos».

4º Cuanto más ajenas son las naciones a la influencia del cristianismo o del Espíritu Santo, más generalizada es la tendencia a desfigurarse; y, por el contrario, esa tendencia disminuye en la misma proporción en que son cristianas.

«Hablando de los habitantes de Colombia –observa Dufloy de Mofras–, allí donde ha entrado el catolicismo ha desaparecido la deformación».

Y claro es que desaparece por completo entre los verdaderos católicos, los santos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas.

3º Finalidad de esta manía a desfigurarse.

Deformar al hombre a fin de borrar en él la imagen del Verbo no basta, sino que, además, según ya hemos dicho, Satanás quiere a toda costa hacer al hombre a imagen suya.